

Poesías de Jorge Sáenz Cordero

= Envío del autor =

Eglógica

Vienen por los nostálgicos senderos,
con un sonar de rústicas esquilas;
¡oh las dulces y cándidas pupilas
de los dulces y cándidos corderos!

Florecen, al pasar, los limoneros;
y entre un efluvio de impalpables lilas,
las horas del crepúsculo, tranquilas,
duermen sueños de paz en los linderos.

Mientras silba el pastor su fina caña,
la rusticana flauta en que palpita
el alma musical de la montaña,

el sol ahoga su postrer alarde;
y asoma como blanca margarita,
la temblorosa estrella de la tarde.

Los primeros pasos

Ya mi chiquillo ha dado algunos pasos;
y apenas por mi mano retenido,
es como el ave que al dejar el nido
ensaya sus primeros aletazos.

Buscando el premio fiel de mis abrazos
se viene, ya de todo desprendido,
como por dos imanes atraído
al amante refugio de mis brazos.

Mientras le da su madre un casto beso,
sueña con verle así, toda la vida,
entre sus manos amorosas preso.

El padre, en tanto, al pronunciar su nombre,
sabe que es por el golpe y la caída,
por lo que el niño se convierte en hombre.

(Este soneto mereció el primer premio, medalla de oro, en el Certamen Literario abierto por el Diario de Costa Rica en 1929.)

Música de Beethoven

En traje blanco dirigióse al piano.
Temblaron los nostálgicos marfiles,
bajo los dedos largos y sutiles
de su nerviosa y adiestrada mano.

Mientras el ritmo pasional y arcano
fatigaba sus lánguidos perfjiles,
la flor ingenua de sus quince abriles
se insinuaba en una hábito pagano.

Y así se fue muriendo la Sonata,
en tanto que en la alcoba oscura y fría
donde puso la luna luz de plata,



Jorge Sáenz Cordero

Apreciaciones

Jorge Sáenz Cordero tiene aún encendida sobre su frente la milagrosa estrella errante de la juventud. Tiene fuerte el corazón, y la fantasía le vuela en el pensamiento como una mariposa radiante en un claro amanecer. Los ojos de su espíritu ven la vida por fuera y por dentro y sorprenden los secretos del pájaro que habla, del árbol que canta y de la fuente de oro. Es, hoy día, un poeta que dominó su obra y le mandó que echara a andar. Y su obra está en marcha.

No se ha perdido, impaciente, por los falsos caminos que en los días actuales salen al paso de los escritores convidándolos a jornada corta y a fingido laurel. Prefirió contar una por una las piedras miliarias de su viaje y llegó, serena y prontamente, a donde ya se oyen las voces nobles y serenas que dicen la verdad al artista. Salvado está, y su gloria, sea la que sea, es buen jornal y moneda de ley. ¡Gaudeat Apolo!

A lo largo del día que está ya alumbrándonos, este poeta será juzgado cada vez ante mejores testimonios. (Uno más es esta página del meritisimo Repertorio de García Monge, que por azar leo y admiro antes de impresa.) Y cómo, además de poeta real y legítimo, Sáenz

(Pasa a la página 243)

Morisca

(Oro de leyenda)

Por tu gracia zalamera; por tu mirada gitana
a un tiempo cálida y fría;
por tu cuerpo que debieras lucir en la Castellana
o tras la reja moruna de un patio de Andalucía;
por tus labios en que ríe tu sonrisa pecadora;
por tu cabellera negra y tu piel morena y fina,
yo te sueño una Zoraida, te finjo de sangre mora.

Viérate en una hornacina,
lacerada por la pena,
y juro que te tomara por la Virgen Macarena.

Dime, ¿de dónde has llegado, vienes de un lejano aduar,
entre palmeras alzado cabe la orilla del mar?

¿Te ganó acaso un cristiano
de los que en árabe potro fueron por Cristo a luchar?
¿De aquellos que abandonando su amor, su patria y su hogar,
hasta su misma fortuna,
en el nombre de Jesús,
vencieron la Media Luna,
y levantaron la Cruz
como un símbolo de gloria
para que a su viva luz
brillara España en la Historia?

Acaso en tierra de moros bailando en alguna zambra
sedujeras a Boabdil;

soñé que absorto en su belleza joven
desde el busto de mármol sonreía
la doliente mirada de Beethoven.

Año viejo

A Don Antonio Médiz Bollo.

El año viejo no se va, nos vamos,
los que seguimos una ruta incierta;
cada año nuevo es una nueva puerta
por donde todos sin querer pasamos.

Lo que en la ardiente juventud soñamos,
de nuestra propia juventud despierta;
que la vida quizá nunca es más cierta
que cuando en la ilusión la conquistamos.

Pero pasan los años, y oh mentira,
la de la vida y el amor y todo,
lo que a nuestra alma mundanal inspira.

La verdad sólo nuestra fe la advierte,
cuando un secreto afán se ofrece a modo
de una interrogación hacia la muerte.

Las luciérnagas

Surgen fosforescentes en la noche callada,
dejando vagamente la senda iluminada.
En danzas caprichosas de loca fantasía
vienen a ser jugaces, pequeñas, rutilantes,
como lluvia de chispas escapadas del día
o profusos destellos de perdidos diamantes.
Ved como sobre un árbol han prendido ilusorios
puntos de viva luz. Brilla todo el ramaje
cual si hubiese caído sobre él un raro encaje,
labrado en las tinieblas con blancos abalorios.
Son hilas de la noche partículas de estrella,
caídas en los campos alguna noche bella,
tendidas sobre el césped fingen la fantasía
de un tapete bordado con fina pedrería,
y ponen sobre el verde vallar de las piñuelas
temblores insinuantes de blancas lentejuelas.
Son hijas de la noche, alumbran mi sendero,
tal como los dispersos fragmentos de un lucero;
y entre los verdes campos que extasiados están,
se encienden y se apagan, se acercan y se van.

Luz de piedras preciosas que alumbráis mi
camino;
pedacitos de un astro que me hacéis divagar;
¡Quién pudiera en su vida conquistarse el destino,
de ser algo con alas que comienza a brillar!